LOS ELEGIDOS

por Tomás L. Verdejo

autor de «LA CELDA DE LOS LEPROSOS» y «TREN DE NOCHE»

El presidente volvió a fijar su mirada en la pantalla; la Tierra era una hermosa esfera azul, salpicada de puntos luminosos que iban brotando de manera casi imperceptible, tanto de entre las zonas oscuras –tierra –como de las más intensamente azuladas –agua–, y él se sabía juez supremo, dios absoluto de todas las formas de vida existentes en el planeta. Vida que, en pocos minutos, sería bruscamente segada, quedando tan sólo las cosas creadas por los que vivieron. Sería como un planeta, no muerto, pero sí abandonado. Suyo. Preparado para la formación de una nueva humanidad establecida según su forma de entender la relación ideal entre los hombres; con una potencia, única y total, gobernando ese mundo. Todo volvería a empezar. La historia, con sus dos grandes protagonistas –Revolución y Contrarrevolución–, estaba en sus manos; en la yema de su dedo índice. Iba a borrarla en pocas horas. No quedarían hombres ni mujeres con sus cerebros programados por el desorden de lo vivido por sus antecesores durante más de diez mil años. Allí, en aquella nave especialmente construida para dirigir la destrucción de la Humanidad en la que había de ser su última y definitiva guerra se hallaban los quinientos seres elegidos para iniciar un nuevo mundo, tras la muerte de tres mil millones de «gusanos» que habían convertido el planeta en el más insoportable subestrato del infierno. El paraíso, soñado durante milenios, iba ahora a ser una realidad nacida de su propia voluntad. Y Dios le reservaría un lugar de honor –tal vez a su misma altura–, por haber creado un auténtico Paraíso Terrenal. El grupo de los escogidos estaba compuesto por su Plana mayor, y por los tecnócratas, científicos e intelectuales de mayor relevancia, dentro de su pensamiento político y social, así como las esposas e hijos de los que, hubieron creado hogar.

–Es horrible –comentó uno de los intelectuales–; ahí tenemos en estos momentos millones de seres válidos; escritores, artistas, hombres de ciencia, simples padres de familia..., personas, en definitiva, que sólo pretenden vivir en paz. Y todos serán desintegrados; ni siquiera habrá tumbas para ellos...

–Pero cada uno con su concepción de lo que debería ser la humanidad; una concepción que forzosamente deberá hallarse bajo la influenica de Adam Smith o de Karl Marx. No; incluso las mentes menos sucias, tienen que oler a podrido. Cada uno de los «gusanos» que se arrastran por esa esfera, no es otra cosa que un extracto de todas las mentiras, de todos los absurdos y de todas las estúpidas pasiones que han determinado su proceso histórico. Es mejor acabar de una vez. Por otra parte... –se detuvo para pasear la soberbia de su mirada sobre las cabezas sumisas de los elegidos–... Por otra parte, yo no soy el culpable de esta guerra. Destruir o ser destruidos; no cabe otra alternativa. Todos sabíamos que una tercera guerra mundial significaría el exterminio de la vida sobre el planeta; sin embargo, esa guerra no ha podido evitarse y el mundo está siendo destruido. Lo

único que haremos será adelantar el final y evitar que la Tierra vuelva a quedar dividida en dos bloques dominantes que, con lo poco que puedan salvar, volverán a la guerra fría y, más tarde, a una cuarta guerra mundial, y así sucesivamente, hasta el exterminio absoluto. Es mejor que ésta sea la última guerra de una historia que habremos logrado esterilizar.

–Tal vez pudiera obtenerse el mismo resultado sin llegar a destruir toda la humanidad me estremece pensar en una Tierra vacía, con sus edificios intactos, con los trenes detenidos en las vías, a mitad de camino, con las fábricas paralizadas, con millones de automóviles momificados, como ataúdes de cuerpos desmaterializados, con los museos convertidos en panteones de una arte que, pese a todo, nació del hombre...

El presidente apoyó su diestra en un hombro del intelectual y sonrió de forma casi fraternal.

–Nosotros crearemos un arte nuevo, y jamás existirá una guerra que pueda destruirlo.

Y su índice presionó el botón sobre el que hasta entonces se había estado apoyando.

En efecto, sesenta y cuatro horas más tarde, cuando la nave «Apocalipsis» tomaba tierra en las proximidades del edificio presidencial, los «elegidos» pudieron comprobar que las ciudades eran como decorados para una película cuyo rodaje hubiera sido repentinamente abandonado. Eran el silencio y la quietud de una enorme fotografía; formidable y en algunos casos hasta bello, pero todo inerme, sumido en una muerte sobrecogedora. Eran como circos romanos o como teatros griegos, como ciudades que un día fueron escenario de alegrías y tristezas, de risas y lágrimas; testigos de una civilización extinguida, de la que ya sólo podía quedar el recuerdo. El ansia de vivir, con sus satisfacciones y sus angustias, con la necesidad del sufrimiento para la estimación del placer, o con la del dolor del llanto para el goce de la risa, podía reflejarse en todo aquel inmenso escenario de materia incólume. Avenidas, plazas, aeropuertos, carreteras, estaciones, trenes subterráneos, cafeterías, teatros... Todo constituía un inmenso grito de muerte, invocando la presencia vivificadora del hombre.

El presidente, sentado a la cabecera de la gran mesa, fue mirando, uno a uno , a los elegidos entre los «elegidos».

–Bien –dijo al fin–, somos ahora los primeros hombres de un nuevo mundo; ahora ha llegado el momento de dar comienzo a la construcción del mismo. Tenemos máquinas -robots que volverán a poner en funcionamiento todos los servicios que, de momento, nos sean necesarios; científicos que investiguen sobre nuevas formas de energía, médicos que atiendan nuestras enfermedades, intelectuales que preparen el que habrá de ser un nuevo concepto de formación para nuestros hijos, y hombres especializados, en suma, para la creación de algo distinto de lo que acaba de desaparecer. ¿Os dáis cuenta? Durante milenios la humanidad creyó deber su existencia a una primera y pecadora pareja, por una parte, o a un proceso químico natural, por otra. Pero, en el futuro, los padres de la vida en nuestro planeta, tendrán nombres propios, sin necesidad de recurrir ni a la superstición ni a la especulación, y esos nombres... ¡serán los nuestros!

Alguno de aquellos «elegidos» pensó en los miles de millones de seres cuyas vidas habían sido tan brusca e impiadosamente segadas, pero en la reunión no se hizo el menor comentario. De cualquier modo, ya era demasiado tarde para prestar oídos a ningún remordimiento de conciencia.

Concluida la que hubiera podido denominarse Primera Junta de Gobierno, los

integrantes de la misma se retiraron a sus viviendas, elegidas entre las más confortables de las situadas en las inmediaciones del edificio presidencial.

*** * ***

–Estoy... como aturdida –susurró la primera dama de la Tierra cuando estuvo en el lecho, encogida sobre sí misma, casi en posición fetal–. ¿Te das cuenta de la enorme responsabilidad que hemos contraído?

–Me doy cuenta –contestó el presidente, abrazando el cuerpo de su esposa–, y asumo plenamente esa responsabilidad. El cuerpo del hombre está lleno de vida; sin embargo, la función de las células o diminutas partes que lo integran, no es otra que nacer y morir en pro del todo. A nuestros cerebros, a nuestros órganos en general, les importa un comino la vida o la muerte de esos gusanos microscópicos, cuya única misión es la integración y mantenimiento de nuestros cuerpos.

–Pero es que esos hombres, esas mujeres, esos niños...; ellos no eran gusanos...

–¡Lo eran! –exclamó con decidida soberbia–. Eran gusanos integrantes del cuerpo de la Humanidad; gusanos portadores de gérmenes nocivos, acumulados durante milenios de distorsión mental. ¡Había que eliminarlos! Porque a la Humanidad tampoco le importa la vida o la muerte de las células microscópicas que la integran; su único objetivo no es otro que la constitución de un cuerpo sano, en constante progreso hacia la perfección absoluta.

Ella no contstó. Se produjo un silencio denso que duró tres o cuatro minutos. Luego, la mujer apagó la luz. Y los brazos del presidente volvieron a rodearla, buscando la cálida tersura de sus pechos de joven esposa, aún sin descendencia.

–No, por favor... Ahora no podría...

–Sí, es verdad. Tenemos demasiada responsabilidad como para entregarnos a frivolidades propias de una civilización que ya pasó. No es que crea que debemos eliminar el sexo, no; pero sí es cierto que habremos de concebir un nuevo concepto de relación hombre-mujer.

Callaron para dormir, pero los ojos de la mujer permanecieron abiertos, envueltos por el desasosiego de unas sombras que intuía cargadas de callada desesperación. Su marido empezó a respirar de forma rítmica y profunda, sin mostrar la menor agitación, pero a ella las sombras se le aparecían cada vez más lóbregas, como si en cualquier momento pudiese emerger de entre ellas el espectro de cualquiera de los seres que habían sido asesinados. Intentó llevarse a sí misma el convencimiento de que la inquietud espiritista era propia de mentes primitivas o con formación descompensada y no de alguien llamado a representar el papel de primera piedra en la construcción de la gran pirámide que alcanzase la tan ansiada perfección del Hombre. Y unió los párpados, esperando conciliar el sueño que hasta aquel momento se mostraba tan esquivo. Pero toda ella parecía hallarse presa en un trance de alertada excitación . Era como si, de forma repentina, sus oídos hubiesen adquirido la facultad de captar sonidos, que, en condiciones normales, le habrían pasado absolutamente desapercibidos. ¿Eran quejidos? No podía identificarlos. Era como si pretendiesen fundirse con el silencio, pugnando porque ningún oído humano llegase a captarlos. Creía oír sollozos, lamentos largos y resquebrajados; como portadores de angustias supremas. Sí, ya estaba convencida de que no se trataba de figuraciones engendradas por el miedo a las consecuencias ultraterrenas del magnicidio. Aunque pareciesen proceder de muy lejos, acaso de dimensiones ignoradas por el hombre, llegaban a sus oídos con absoluta nitidez.

Pulsó el interruptor y la inmensa alcoba fue iluminada por la artística lámpara central. Su marido dormía de forma tan profunda como placentera. Con la luz, aquellos quejumbrosos sonidos parecieron diluirse. Se levantó y fue hace uno de los grandes ventanales, descorriendo las pesadas cortinas. Allí abajo, todo aparecía reconfortantemente normal; como si la quietud y el silencio no significasen otra cosa que el diario descanso de los millones de vidas que hasta pocas horas antes animaban la metrópoli.

Pero los angustiosos quejidos no habían desaparecido definitivamente, tal como ella hubiera deseado, sino que resurgieron incluso de manera más diáfana. No era capaz de determinar su procedencia, puesto que, si bien parecían brotar del centro mismo de la Tierra, resonaban por igual en todo su entorno. Se sintió poseída por un terror tan profundo como el último rincón de su propia alma. Pensó hasta en despertar a su marido para hacerle partícipe de lo que le estaba sucediendo, pero inmediatamente desechó tal idea, temiendo la posibilidad de que él llegara a identificarla como uno más de los que, a su juicio, habían representado un papel interferente en el proceso evolutivo hacia el Hombre total. Se sorprendió a sí misma advirtiendo que aquel hombre, cuyo sueño parecía gozar de la bendición del universo, le producía tanto horror como las mismas voces lastimeras que, convertidas en barrenas, iban perforando su cerebro.

Hubo de dirigirse apresuradamente hacia el aseo, ante la brusca descomposición que se iba apoderando de su vientre. Y, al levantar la tapa, descubrió aquella larva amarillenta, reptando por una de las paredes de la taza. Con bruscos movimientos hizo correr el agua, conteniendo a duras penas las arcadas que convulsionaban su estómago. No esperó a comprobar el resultado y se proyectó sobre el lavabo, hundiendo materialmente la cabeza, dejando que el agua de los grifos la empapase.

Cuando se hubo recuperado, corrió hacia la alcoba con el propósito de despertar a su marido, deteniéndose ante la cama, de nuevo paralizada por el temor al ridículo. ¿Podía el descubrimiento de un simple gusano justificar su actitud, si llegaba a despertarle?

Se introdujo en la cálida suavidad de las sábanas y, acurrucándose contra el cuerpo del nuevo dios, apagó la luz y se arropó la cabeza, procurando que, entre la ropa de la cama y la profunda respiración de su marido, quedase aislada de aquellos lamentos...

La jornada que siguió fue dedicada por el presidente a programar distintos viajes de inspección alrededor del mundo, a fin de contactar con las posibles personas que, utilizando sus refugios antinucleares, hubiesen podido escapar al masivo exterminio, así como a recorrer buena parte de la ciudad, comprobando de cerca los resultados de su drástica decisión.

A las once de la noche, ya en su propia sala de trabajo, con el auxilio de productos bioenergéticos y los estómagos incapacitados para la ingestión de ningún alimento convencional, volvió a reunirse con su Plana Mayor.

–Aparecen en cualquier sitio –decía uno de los reunidos–, como una auténtica plaga; en la carrocería de los coches, en las aceras y calzadas, en las paredes de todos los edificios...

–Si hemos sido capaces de despoblar la Tierra, no creo que tengamos demasiadas dificultades para erradicar de la ciudad a ese inofensivo ejército de gusanos –respondió el presidente con sonrisa despreocupada, pero en tono de energía incontestable. Luego buscó con la suya la mirada ceñuda del eminente hombre que ostentaba la jefatura del grupo de científicos–. Sé que este trabajo es indigno de sus

conocimientos, pero no cabe duda de que alguien debe asumir la obligación de poner fin a esta ridícula pero nauseabunda situación.

–Me temo que no sea tan ridícula como a simple vista pueda parecer, señor presidente. Nosotros hemos activado una energía capaz de hacer desaparecer todo vestigio de vida, respetando cualquier materia inerte; por lo tanto, no es fácilmente explicable la existencia de esta plaga de gusanos.

–Bien, eso es algo que usted y su grupo habrán de investigar. Espero que para mañana cuenten con alguna teoría al respecto.

Dando por zanjada la cuestión, la Plana volvió a disolverse en busca del ansiado descanso.

*** * ***

–Gusanos... ¿Te has detenido a pensar que tú acostumbras a emplear esa expresión al referirte a todos esos millones de seres que han muerto...?

Estaban solos. El presidente creyó percibir un leve escalofrío que, partiendo de la nuca, le recorría la médula en sentido descendente.

–Tienes mucha imaginación, querida, y eso puede ser nefasto cuando se combina con el miedo o la superstición.

Sintió sus manos apretadas por las de su mujer, sacudidas éstas por un temblor que se transmitía al propio brillo de la mirada.

–Anoche... Anoche oí lamentos de hombres y mujeres, lamentos de niños desamparados, llenos de terror... No quise despertarte para que no me acusaras de mujer débil, para que no me considerases inmerecedora de estar entre los que habrán de construir ese mundo que pretendes... Pero oí esos horribles lamentos... ¡Te juro que los oí!

–¿Has pensado alguna vez en el Diluvio Universal? ¿Has pensado que Dios también decidió una vez acabar con toda la Humanidad, para dar paso a un mundo mejor? Y empleó un medio más rudimentario y hasta, si me apuras mucho más cruel...

–Pero El era Dios...

–Precisamente por eso, hubiese podido recurrir a otras soluciones, sin tener que derramar sobre la Tierra el dolor, la agonía, la destrucción total. Y, además, falló; no pudo obtener ese mundo mejor que, sin duda, pretendía. Yo, que no soy Dios, he tenido que recurrir al único medio que tenía a mi alcance. Pero yo no fallaré, querida. Obtendré lo que estoy buscando. Anda, ve a dormir, y procura relajarte; sería muy desagradable que precisamente mi mujer representase el papel de serpiente en este nuevo Paraíso... No permitiré que nadie deje caer la semilla para una vuelta al pasado. Nadie.

–Ven conmigo, por favor. ¡Te lo ruego! No me dejes sola esta noche. Haré lo que tu quieras. Te prometo que olvidaré estas extrañas aprensiones y que estaré siempre a tu lado, codo con codo, sintiendo como tú sientes y deseando lo que tú deseas... Pero ven ahora conmigo. Ayúdame; contigo no tengo miedo a nada.

–La responsabilidad que yo mismo me echado sobre mis hombros, no me permite actuar como un marido convencional.

–¡Ni yo te lo pido! No te lo he pedido nunca, cuando sólo eras presidente de un país; ni creo que jamás haya actuado como una esposa convencional, sino como la mujer del hombre más importante de la Tierra. Pero ahora te necesito... Además, es ya muy tarde, y tu también necesitas descanso...

Imploraba. Sus palabras bien hubieran podido ser interpretadas como la primera

oración dirigida al que se había erigido a sí mismo en dios terrenal.
–No apeles nunca a mi corazón; no lo hagas, porque éste desapareció en el mismo momento en que mi dedo se apoyó en aquel botón. Las pasiones y los sentimientos fueron los portadores del germen que destruyó a la Humanidad. En el mundo que voy a crear, sólo habrá sitio para el cerebro. Voy a acompañarte, pero no por ningún impulso emotivo, sino porque te necesito conmigo, como la mujer a quien admiran todos los que van a ser mis colaboradores. ¿Comprendes? No puedo permitir que una debilidad emocional, por tu parte, llegue a provocar una serie de alteraciones en cadena. Los necesito a ellos y, en consecuencia, te necesito a ti.
–Si... Lo comprendo...
En aquel instante tuvo ella la plena convicción de que quien la tomaba por los hombros, conduciéndola hacia la alcoba, no era ya un hombre, y sí un ente químico, incapacitado para el amor, y hasta para el odio. Y, pese al brazo que rodeaba sus hombros y a la proximidad de aquel cuerpo aparentemente humano, se sintió sacudida por una destemplanza que entreabrió abismos de hielo en lo más profundo de su ser.
Entre la tibieza de las sábanas, el presidente abrazó a su esposa, logrando que, poco a poco, la respiración de ella se fuese haciendo profunda y pausada. Apagó la luz, apareando sombras y silencio, y trató de vaciar la mente, de modo que el sueño no encontrase el menor obstáculo. Pero el cuerpo de la mujer volvió a temblar, ahora con mayor violencia, al tiempo que la respiración tornaba a ser tan agitada como antes. Los quejidos que parecían emanar del centro mismo de la Tierra, eran aún más penetrantes que los de la noche anterior.
–¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?
–Esos gritos de dolor... ¡Van a volverme loca!
–¿Qué gritos...? Yo no oigo nada. No hay nadie que pueda gritar. ¿No te das cuenta? Todos han desaparecido. No existen. No hay nadie.
–Yo los oigo; penetran en mi cerebro, taladrándomelo, como cuchillos invisibles... ¡Quieren destruirme!
Se apretó desesperadamente contra su marido; tapándose los oídos. Y, de pronto, quedó rígida, crispada, conteniendo la respiración.
–¿Qué sucede ahora?
–En mis pies... Hay algo que se arrastra por mis pies... Algo viscoso...
–¡Basta! ¡Trata de dormir! Mañana mismo te pondré en manos de los médicos.
–Pero lo siento... Te juro que es verdad... ¡Hay gusanos en mis pies!
De un manotazo apartó él la sábana y la colcha, accionando inmediatamente el interruptor de la luz e incorporando el cuerpo de la esposa para que pudiese ella mirar al otro extremo de la cama. El grito de la mujer fue como una cuchilla de una guillotina seccionando el aire de la alcoba. Luego, se echó de bruces sobre la almohada, empapándola en mezcolanza de lágrimas y vómito.
El presidente crispó las manos a sus propias rodillas, con las mandíbulas apretadas, y dirigió el brillo acerado de su mirada hacia aquellas larvas amarillentas que arrastraban la náusea de sus cuerpos por entre el blanco incólume de las sábanas. Deberían tener una longitud de once o doce centímetros, en el caso de los mayores, y de tres o cuatro, en el de los pequeños. En número de veinte, aproximadamente, se concentraban en las inmediaciones de los pies de su mujer. Estuvo así durante unos segundos, con sus ojos fijos en los pequeños reptiles, sin un parpadeo, sin el menor movimiento muscular, para, de manera brusca, saltar luego de la cama, buscando las zapatillas, calzado, iniciando el avance hacia la puerta, decidido a averiguar cuál había sido el camino utilizado

por los gusanos para llegar hasta el dormitorio, fue interrumpido en su movimiento por unos penetrantes quejidos, como surgidos de ultratumba. Se giró con rapidez, buscando con la mirada el cuerpo de su mujer. Seguía convulsionada por el llanto histérico, en tanto los gusanos reptaban por sus tobillos. Se desprendió de la chaqueta del pijama con el ánimo decidido a golpear y a alejar de ahí a aquellos repugnantes animales, pero fue detenido por aquellos lamentos desgarrados que, como podía comprobar, no eran producidos por su esposa.

¿Quiénes podían emitir aquellos indescriptibles sonidos? ¿Es que no habían muerto todos los habitantes de la Tierra? De pronto, descubrió que en el pijama se adherían también gusanos, en número de diez o doce; y en las alfombras, y sobre la pulida madera de los muebles, y pegados a las cortinas...

Se precipitó sobre los ventanales, casi convencido de que alguno estaría abierto y aquella sería la vía de acceso a la habitación; pero los encontró perfectamente cerrados. Iba a dar la espalda a los cristales para enarbolar la chaqueta y sacudirla sobre los que habían logrado encaramarse hasta la cama, cuando algo le produjo una fuerte y gélida sacudida, obligándole a un encogimiento espasmódico; allí abajo, en la calle, un río de lava amarillento, con reverberaciones de Luna, inundaba la calzada, cubriendo las largas filas de coches estacionados, alcanzando una altura de metro y medio. Al instante comprendió que no se trataba de lava y sí de una alucinante masa de gusanos que, en coro inmenso, parecían emitir aquellos lamentos desgarradores, como si la Tierra entera gritase su desesperación a través de cada uno de los seres que hasta poco antes la habían habitado. Las anchas avenidas, todas las que su mirada podía abarcar, aparecían presas de aquella inundación que sólo una mente patológica hubiera sido capaz de concebir. Millones de gusanos se alejaban de los distintos cauces seguidos por la gran masa, reptando por las paredes en busca de ventanas y terrazas.

Advirtiendo que era incapaz de abstenerse a la sensación de pánico que estremecía hasta la última molécula que constituía su ser, miró ansiosamente hacia por donde pudiesen entrar; sin embargo, era evidente que el número que había logrado acceder hasta las inmediaciones de la cama, iba en progresivo aumento. Parecían brotar de entre la madera que revestía las paredes así como el techo y el suelo.

La mujer se había medio incorporado en la cama y, con las rodillas recogidas junto al pecho y las manos crispadas a los blancos pómulos, contemplaba horrorizada el avance de los gusanos. Ni un sonido brotaba de su boca, como si el terror hubiese momificado sus cuerdas vocales.

El presidente se abalanzó sobre el botón azul situado en una de las mesas de noche y lo apretó con furia, en tanto su mirada iba de uno a otro punto del dormitorio sin poder hilvanar una explicación a lo que estaba sucediendo.

–¡Son ellos! –gritó al fin la mujer, como si las palabras acabasen de reventar en su garganta–. ¡Son esos «gusanos» que tú has destruido! ¡Es la venganza de toda la Humanidad! ¡Son ellos! ¡Son ellos!...

–¡Calla de una vez!

El presidente, convencido de que , por una causa que ni siquiera se atrevía a imaginar, no le era posible acudir en su ayuda el personal que integraba el grupo de asistencia, a pesar de la desesperación con que había pulsado el timbre de llamada, se dirigió decidido hacia la puerta, dispuesto a plantar cara a lo que estaba sucediendo.

El coro de estremecedores lamentos era ya ensordecedor y parecía brotar de todos y cada uno de los puntos de la alcoba, como si el Universo entero gritase una

insólita angustia.

–¡No lo hagas! ¡No abras la puerta!

Pero, sin prestar oídos a las desgarradas súplicas de su mujer, el presidente aferró el pomo de la puerta y tiró de ella con violencia. Fue como si en un dique hubiese sido volado el muro de contención. Un mar espeso y amarillento irrumpió en la alcoba, con la furia de un aluvión y el rugido de la galerna, estrellando la puerta contra la pared, arrollando el cuerpo del presidente y lanzándolo contra un tocador de madera noble. La mujer desorbitó la mirada y abrió su boca en un grito sobrecogedor que fue devorado por el trueno de furiosa angustia emanado de aquellas toneladas de gusanos. Estos resbalaban unos sobre otros, y, como una masa espesa pero licuosa, buscaban la horizontalidad de una superficie que alcanzaba más de un metro de altura respecto del suelo del dormitorio.

De pie sobre el colchón, con las manos estrujando sus oídos, incapaz de soportar el estallido de voces infrahumanas que reventaba sus tímpanos, sintiendo como aquella masa cálida y gelatinosa iba ascendiendo por sus piernas, una vez engullida la cama, miraba la mujer hacia el rincón en donde había caído su marido, viendo como las crispadas manos emergían de entre aquella furia amarillenta que, como arenas movedizas, pugnaba por tragárselas con el resto del cuerpo.

Pudiendo el afán de supervivencia más que los vómitos de repugnancia, el presidente luchó con desesperación por recobrar a verticalidad, apoyando la espalda contra la pared, y abrió la boca buscando aire para sus pulmones. Los gusanos, que se pegaban a sus ojos y a cada milímetro cuadrado de su cuerpo, penetrando tanto por las fosas nasales como por los oídos, irrumpieron en su garganta, volviendo a unir náusea y asfixia.

La mujer, que, petrificada por el espanto, advertía como la superficie blanda y amarilla iba alcanzando su cintura, penetrándole en los genitales abiertos por la descomposición, dirigió la desesperación de sus desorbitadas pupilas hacia aquella cabeza que emergió de entre el insólito y siniestro pantano, con el rostro violáceo y con la lengua intentando abrirse paso entre la masa esponjosa y resbaladiza que anegaba su boca.

Una nueva ola hizo entonces su irrupción y, con un postrer chapoteo, las manos y la cabeza de presidente fueron definitivamente tragadas. Esta vez, el agudo grito de la enloquecida mujer logró atravesar el estallido continuo de aquellas gargantas invisibles, y, como si la intensidad de sus vibraciones hubiese hecho saltar el vidrio de los ventanales, éstos saltaron, proyectando los montantes contra la pared de enfrente, convirtiéndose en una nueva vía de penetración. Y los gusanos, en ola huracanada, apenas tardaron diez segundos en llenar la habitación; rebasaban por todas las puertas y ventanas...

Al séptimo día de la destrucción de la Humanidad, la ciudad que hubiera podido ser capital de un nuevo mundo, aparecía sumida en la más absoluta de las quietudes. Todo era materia inerme. Sin el menor residuo de vida, ni humana ni animal, a excepción de aquellos quinientos esqueletos diseminados por el edificio presidencial y por las alcobas de algunas viviendas adyacentes.

Post: en este cuento existe un pequeño error que está también presente en la edición original. No se trata de un error de imprenta ni mucho menos, si no más bien de... ¿cómo decirlo?... ¿conocimiento?. En uno de los párrafos, puede encontrarse la siguiente frase: «Estuvo así durante unos segundos, con sus ojos fijos en los pequeños reptiles», refiriéndose, claro está, a los gusanos. Lamentablemente, el autor no tuvo en cuenta, al momento de escribir esto, de que los gusanos no son reptiles. Lo

que es más extraño, es que una colección como la de «UVE» debería, por lo menos, revisar el material que se publica si no una, más veces. ¿Y nadie lo advirtió? En fin... son cosas que pasan.